

## INVITADO DE HONOR

### Reflexiones sobre la experiencia de enseñar *La Celestina* en la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras: sobre Melibea, la torre, los conversos, los moriscos y los neorricans

SANTIAGO LÓPEZ-RÍOS, Ph. D.  
Universidad Complutense de Madrid

**H**ay en la ya inabarcable bibliografía sobre la *Celestina* una llamativa laguna. Aunque se ha escrito sobre prácticamente todo lo relacionado con la obra (desde el uso del “etc.” en el texto hasta los ballets que ha inspirado), resulta extraño que no se haya reflexionado mucho sobre cómo enseñar este clásico hoy día. Ha parecido oportuno, pues, corresponder con la gentil invitación del Dr. Miguel Ángel Náter, el director de *Retorno*, con un ensayo que dé cuenta de mi propia experiencia de dar clase sobre la *Celestina* en la misma universidad donde se publica esta revista, la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras (en lo sucesivo, UPRRP).

Mi estancia allí fue posible gracias al Programa Erasmus Plus, uno de los grandes proyectos educativos de la Unión Europea, que ha transformado las universidades del viejo continente facilitando la movilidad de estudiantes, profesores y personal de administración y servicios. Desde 2016, “Erasmus”, como se conoce popularmente el programa, se ha abierto a terceros países. Al estrenarse esta posibilidad, la Universidad Complutense de Madrid solicitó que un socio preferente en la nueva fase del programa fuera la sede de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico, dados los lazos históricos entre ambas instituciones. Dichos lazos son especialmente estrechos en el área de los estudios hispánicos, ya que Federico de Onís fue discípulo de Ra-

món Menéndez Pidal, el adalid de la llamada escuela de Filología de Madrid.

Gracias a una beca Erasmus, pude pasar en agosto de 2016 una semana en el Departamento de Estudios Hispánicos de la UPRRP, donde fui magníficamente acogido por su director, el Dr. Emilio Ricardo Báez Rivera, y todos sus colegas. El tema propuesto para mis clases lo tuve siempre claro. Se trataría de la *Celestina*, no solo por haber trabajado y publicado sobre dicha obra, sino también porque me interesaba enseñar sobre un asunto que encajara con la tradición hermenéutica de una de las grandes luminarias de la institución que me acogía, la profesora Luce López-Baralt, y de lo que podríamos llamar “su escuela” en un sentido amplio, representada por colegas *senior* como la profesora María Teresa Narváez o la profesora María Luisa Lugo, o más jóvenes como la Dra. Margarita del Rosario Angleró. Significaba para mí algo especial tributar este homenaje a esta escuela puertorriqueña de Filología. Se trataba de saldar una deuda por partida doble. Por un lado, habiendo recibido su magisterio a través de sus publicaciones, para mí era importante que sus alumnos de la IUPI vieran cómo había llegado a la universidad española el quehacer intelectual de una puertorriqueña tan ilustre como Luce López-Baralt. Por otro lado, impartiendo clase en Río Piedras sobre la *Celestina* rendía homenaje al llorado Francisco Márquez Villanueva, verdadero hermano intelectual de la citada profesora, en su condición de herederos ambos del pensamiento de Américo Castro. Jamás olvidaré las clases del profesor Márquez sobre la *Celestina*, en España y en Harvard, sus trabajos sobre este clásico y todo lo que hablamos sobre él. Tampoco olvidaré cuando me contaba sobre sus múltiples viajes a Puerto Rico, su amor por la isla y sus gentes y me invitaba a visitarla y cultivar la amistad y sabiduría de los colegas de allí. Al decirme aquello, me venía a la mente una carta de Américo Castro a Ramón Menéndez Pidal, donde confesaba sentirse como en casa en Río Piedras<sup>1</sup>. En verdad, enseñar en el recinto de Río Piedras me permitió

---

<sup>1</sup> “Todos los demás países, mal o bien, son naciones: esto es una colonia arrebatada a España por sus muchas idioteces. ¡Y qué español es el carácter de la gente! Para mí que soy andaluz, pienso hallarme en mi tierra.” Carta de Américo Castro a Ramón Menéndez Pidal. Río Piedras, (Puerto Rico), 4 de julio de 1928.

también entender mejor toda una tradición académica y rememorarla *desde dentro*.

Si la particular visión de la literatura española de Francisco Márquez Villanueva dejó en mí una huella imborrable, no menos me impresionaron sus reflexiones sobre lo que suponía para él impartir clase. Una cita suya, que debería leer cualquiera que se embarcara en la profesión docente, lo resume todo:

Debo empezar por tener muy presente el cuadro de pobreza, ingraticudes y frustraciones que a lo largo de la historia ha sido el premio social del enseñante y con el cual creo que habremos de contar siempre. Pero lo digo para proclamar, al mismo tiempo, la profunda satisfacción y el sentido de logro humano que comunica la vida del aula y que pocos de nosotros cambiaríamos por ninguna recompensa de orden material. El privilegio del contacto con las mentes jóvenes, el goce de alentar sus promesas y nuestra inserción en la inestimable y vasta tarea colectiva que es la custodia y acrecentamiento del saber por encima de tiempos y espacio, son de por sí solas una inestimable compensación<sup>2</sup>.

Exactamente eso que describe Francisco Márquez Villanueva es lo que yo sentí dando clase sobre la *Celestina* en la IUPI a los inteligentes estudiantes de los cursos de las profesoras María Teresa Narváez y Margarita del Rosario Angleró. Había, con todo, que vencer un obstáculo previo: conseguir acercar un texto antiguo a los intereses de los estudiantes puertorriqueños del siglo XXI y a veces el abismo generacional puede resultar insalvable. Para ello, resultaron inspiradoras las pautas del citado profesor Márquez Villanueva en un artículo memorable, “El problema con nuestros clásicos”, donde subrayaba la responsabilidad que nos incumbe a la hora de explicar estos textos de la Edad Conflictiva, en feliz expresión de Américo Castro, sabiendo leer entre líneas un mensaje que a menudo está altamente codificado.

---

<sup>2</sup> Francisco Márquez Villanueva, “Educación y sociedad, del hoy al mañana”, conferencia leída en el Congreso Mundial de Directores del Bachillerato Internacional (Sevilla, 13-10-2009). Inédita.

Si logramos introducir a los estudiantes en este tipo de lecturas, desentrañando su modernidad, su actualidad y su aceptación en pleno siglo XXI están garantizadas<sup>3</sup>.

El escritor Juan Goytisolo, tan próximo al pensamiento de Américo Castro y de Francisco Márquez Villanueva (a él le dedicó su Premio Cervantes), llevó a cabo una práctica docente de este tipo en un *college* de Nueva York. Goytisolo partía de la *Celestina* como un ejemplo de literatura conversa y consiguió seducir a sus alumnos. Leer su experiencia inspira a cualquier profesor de literatura y, desde luego, me inspiró a mí en mi reto de dar clase sobre la *Celestina* en Río Piedras. Escribe Juan Goytisolo:

A comienzos de los setenta tuve la feliz oportunidad de alternar mis cursos para estudiantes graduados en la New York University con otros de un escalón muy inferior en el departamento de literatura de una de las universidades más huérfanas del Bronx, cuyo alumnado se componía casi exclusivamente de puertorriqueños. La decana me advirtió de entrada que debería limitarme al estudio de autores y obras de la isla, pues los alumnos, me aseguró, no interesaban por otros. Cuando le dije que dedicaría mis clases a *La Celestina* rompió a reír con risa reventona: “El tercer día ya no tendrá usted ni un estudiante.” “Vamos a ver”, repuse.

[...] Compré por mi cuenta dos docenas de ejemplares de la [*Celestina*] que pude encontrar y en la fecha inaugural del curso los distribuí entre alumnas y alumnos. “El autor de esta obra”, les dije, tenía la edad de ustedes cuando la compuso. Como ustedes, era súbdito de la mayor potencia imperial de la época y pertenecía igualmente como ustedes a una minoría discriminada. El libro es la tragedia de un amor enfrentado a las normas y valores de una sociedad tradicional rígida.” El cursillo, a su manera, fue un éxito<sup>4</sup>. (Goytisolo 2000: 1).

---

<sup>3</sup> Francisco Márquez Villanueva, “El problema con nuestros clásicos”, *Quimera*, 169 (1998), pp. 32-41.

<sup>4</sup> Juan Goytisolo, “El ruido y la furia. El universo de *La Celestina*”. *El País. Babelia*, 9 de diciembre 2000, 1.

Debido al límite de tiempo del que dispuse (una semana, aproximadamente), evité un estudio general de toda la obra. Con ello, huía también de caer en tópicos, resumir estados de la cuestión, o debates de los críticos, y sobre todo no llegar a profundizar en el detalle que revela la genialidad de un artista de la palabra. Tras una breve y esquemática introducción para contextualizar la *Celestina* y sus principales problemas, abordamos el análisis de los últimos actos de la Tragicomedia (XIX, XX, XXI). El objetivo consistía en ir directamente al texto y hacer una lectura lo más minuciosa posible del mismo.

Cuando llega un profesor nuevo a un curso para impartir solo unas sesiones, cuesta que el alumno participe, puesto que apenas ha habido tiempo para forjar una relación de confianza mutua. Vencí esa resistencia aprendiendo cuantos nombres de pila pude e invitando a los estudiantes a leer el texto en voz alta. No solamente leímos el texto. Siguiendo la famosa máxima de Juan Goytisolo (“no quiero lectores, sino relectores”), *releímos* pasajes fundamentales. Siempre pedía una relectura en voz alta lo más despacio posible, ya que buscaba, ante todo, reparar en los recovecos del texto. Dado que el personaje de Melibea atrajo gran parte de nuestra atención, recuerdo el comentario que se hizo entre todos del final del acto XIX, cuando la protagonista, tras morir Calisto, exclama:

¿Oyes lo que aquellos moços van hablando? ¿Oyes sus tristes cantares? ¡Rezando llevan mi bien todo! ¡Muerta llevan mi alegría! No es tiempo de yo vivir. ¿Cómo no gozé más del gozo? ¿Cómo tuve en tan poco la gloria que entre mis manos tove? ¡O ingratos mortales, jamás conocés vuestros bienes sino quando dellos carescéys!<sup>5</sup>.

Suscité el interés en los estudiantes en estas líneas pidiéndoles que reparan en cómo el autor de la *Celestina* combinaba tradición e

---

<sup>5</sup> Fernando de Rojas, *La Celestina. Comedia o Tragicomedia de Calisto y Melibea*, ed. Peter Russell, Madrid, Castalia, 2001, p. 589.

innovación en unas pocas frases. Como docente, a menudo me gusta recalcar que no debemos pasar por alto lo obvio. En este sentido, al comentar el pasaje, varios alumnos señalaron que “la tradición” está en el lamento fúnebre. A partir de ahí, la clase derivó en explorar la particularidad de este lamento de Melibea y su pregunta retórica, tan llena de significados, “¿Cómo no gozé más del gozo?”. Me esforcé por hacer ver a los participantes en el curso que quien escribe esta frase sabía retórica y expliqué qué es un políptoton. Después, abandoné el análisis meramente formal. Habría pregunta retórica, habría políptoton, pero lo más relevante era el canto al placer que hacía Melibea, instalada en el mismo egoísmo con el que se conducen todos los personajes de la obra. Más de un estudiante quedó sorprendido de la cantidad de tiempo invertida en glosar una única frase. Aquello, sin embargo, no carecía de sentido desde el punto de vista pedagógico: uno de mis objetivos residía en demostrar la densidad literaria e intelectual de la obra, razón por la que sigue siendo un clásico en pleno siglo XXI. Descendimos al detalle y rastreamos otros ejemplos de la palabra “gozo”, “gozar” en la *Tragicomedia*. Los estudiantes comprobaron por sí mismos la eficacia de este *leit motiv*, verdadero factor de cohesión conceptual en el texto. “Gozar” y “gozo” siempre remiten en la *Celestina* a un placer de orden material, por más que en variadas ocasiones esté disfrazado de resonancias de tipo religioso-espiritual.

El engarce del comentario de este pasaje con el del final de la obra me lo proporcionó una afirmación de Francisco Márquez Villanueva que repetí varias veces en la clase: “La obra de Rojas será lo que se quiera, menos un canto al placer, que a su vez no es allí sino disparadero de atormentados interrogantes”<sup>6</sup>. Las últimas sesiones se consagraron a reflexionar sobre esta frase y el nihilismo que impregna las páginas con las que concluye la *Celestina*. Expliqué aquí en qué consiste la llamada “lectura conversa” de la obra, y cómo los planteamientos de Márquez Villanueva continúan las tesis de Stephen Gil-

---

<sup>6</sup> Francisco Márquez Villanueva, *Orígenes y sociología del tema celestinesco*, Barcelona, Anthropos, 1993, p. 159.

man, y en realidad, las de Américo Castro<sup>7</sup>. De forma muy general, pasamos a tratar el problema converso en la historia y la literatura españolas, relacionándolo con la figura de Rojas, sin silenciar tampoco la controversia, cada vez más tensa, sobre la autoría de la *Celestina*. Hablando de conversos, el debate derivó en algún momento también hacia los moriscos, los otros grandes marginados de la sociedad española de los Siglos de Oro, individuos que no se sentían ni de un lado ni de otro, instalados en dos lenguas y dos culturas, sin ser plenamente aceptados en ninguna parte. Como no podía ser menos, aquí recordé las inmensas aportaciones de Luce López-Baralt y su escuela a este campo de estudio. Lo que a los jóvenes puertorriqueños les pareció en un primer momento algo lejano, genuino de España, un país que la mayoría jamás había visitado, les intrigó mucho más cuando les pregunté si no creían que la realidad de los *neorricans*, hasta cierto punto, *mutatis mutandis*, recordaba a lo que debieron de sentir los conversos o los moriscos españoles. El silencio se hizo denso y hasta los estudiantes más distraídos fijaron su atención cuando un compañero suyo *neorrican* intervino para dar cuenta de su caso, de su biculturalidad y para asegurar que por esa circunstancia sentía que el texto “le hablaba” de forma especial a él.

En un intento de demostrar la modernidad y actualidad del libro hice reflexionar en la clase sobre el espacio en el que se produce el suicidio de Melibea: la torre de la casa paterna. Otra vez, leímos el texto despacio y mostré a los estudiantes varios grabados de ediciones de la época en las que aparece Melibea lanzándose al vacío. No resultó complicado que los estudiantes aportaran ejemplos de cómo las torres en Occidente son metáforas de exhibición de poder económico, militar, político, religioso, grandes y eficaces símbolos, en suma, en el imaginario colectivo. Salió el tema de las Torres Gemelas, el 11 de septiembre y, cómo no, ¡la torre de la IUPI! Quizás este ejemplo arrojó más luz que ningún otro: todos los estudiantes reconocieron lo que esa torre simbolizaba para ellos y simbolizaría el resto de sus vidas.

---

<sup>7</sup> Sobre todo esto es fundamental Stephen Gilman, *La España de Fernando de Rojas: panorama intelectual y social de La Celestina*, Madrid, Taurus, 1978.



No quiero terminar estas páginas sin dar cuenta de un “pequeño experimento” de lectura que llevé a cabo en estas clases. En un grupo avanzado, el de la Dra. María Teresa Narváez, ofrecí a los estudiantes la posibilidad de usar en la clase fotocopias de una edición antigua de la *Tragicomedia* (la de Valencia, Juan Joffre, 1514), en lugar de una edición moderna. Hacía esto para que el estudiante del siglo XXI perdiera miedo a sumergirse en el texto, sin los sesgados intermediarios, que al final terminamos siendo los editores del texto, con nuestra puntuación, notas, divisiones y demás intervenciones en el original. Hubo quien se resistió a la aventura, pero más de uno perdió el miedo y quedó bastante convidado a seguir leyendo por su cuenta otros textos en ediciones originales. Sin duda, el experimento funcionó. Aquello me sirvió también para dignificar el trabajo filológico, y enseñar a aquellos jóvenes el tiempo y energías que consumen en la edición de un texto antiguo, así como los obstáculos que van saliendo a cada paso. El experimento servía, en otras palabras, para acercar a los alumnos a un aspecto de la investigación en Humanidades, lo que les podría ayudar a decidir si hacer o no un doctorado en Literatura Española Medieval o de los Siglos de Oro.

Fue un verdadero privilegio enseñar en la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras. Siempre recordaré a aquellos estudiantes respetuosos, curiosos intelectualmente y de cuyas preguntas o perplejidades ante el texto yo también aprendí. El día que acabaron las clases para mí fue triste, y hube de recordar unas bellas palabras de Francisco Márquez Villanueva, el maestro al que tanto debo, el maestro que me impuso casi como obligación visitar la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras (y cuánta razón tenía):

La enseñanza, que es y será siempre la actividad que centra mi existencia, creo que me viene a modo de un destino biológico o poco menos. Nunca tuve la menor duda acerca de mi orientación ni he deseado ser otra cosa que lo que soy. Las horas transcurridas en el aula son las más felices del día. Al cerrarse sus puertas, quedan atrás las claudicaciones y miserias de la vida cotidiana y se penetra en un mundo de luz y de libertad



puras, cuyo tiempo transcurre veloz bajo una condición casi de trance. Enseñar ha sido y es para mí como respirar. Sus satisfacciones me resultan inigualables (12-13)<sup>8</sup>.

---

<sup>8</sup> Francisco Márquez Villanueva, "Autobiografía intelectual", *Anthropos. Revista de documentación científica y de la cultura*, 137 (1992), pp. 12-28. Aprovecho este espacio para reiterar mi más sincero agradecimiento a todos los amigos, colegas y estudiantes que hicieron inolvidable mi estancia en Río Piedras: Emilio Ricardo Báez Rivera, Arturo Echavarría, Fernando Feliú, Juan Gelpí, Luce López-Baralt, Mercedes López-Baralt, María Luisa Lugo, María Teresa Narváez, Miguel Ángel Náter, Landy Negrón-Aponte, Yaitza Rodríguez, Margarita del Rosario Angleró, y todos esos estupendos e inteligentes alumnos que asistieron a mis clases.